

## ESTUDIO PRELIMINAR

### El autor

Washington Irving es el primer autor de los Estados Unidos que alcanzó una dimensión internacional y pudo vivir exclusivamente de sus escritos. Sin embargo, tras su muerte fue cayendo en un progresivo olvido hasta que en 1920 empezó a ser redescubierto, tendencia que culminó en los años sesenta y setenta cuando se publicaron sus obras completas y numerosos estudios sobre el autor. A pesar de ello sigue siendo poco apreciado por la crítica de aquel país, que lo tiene encasillado como un escritor juvenil por ser los cuentos, frente a sus libros de historia y narraciones de viajes, lo que más se reedita. Otra de las razones de su mediana valoración en Estados Unidos está en lo que podríamos llamar su falta de americanismo, dado que allí se tiende a apreciar como original lo que se aleja de los modelos europeos y anuncia la futura literatura norteamericana. Ciertamente los escritores que más le influyeron fueron los ingleses, entre los que puede destacarse a Oliver Goldsmith, Lord Byron o Walter Scott, a quien conoció personalmente. De Francia leyó con especial interés a Chateaubriand y algo debió influirle también la literatura española, porque en 1825 escribía a su sobrino: «No conozco nada que me deleite más que la literatura española antigua. Encontrarás algunas novelas espléndidas en este idioma; y su poesía, además, está llena de animación, ternura, ingenio, belleza, sublimidad. La literatura española, participa del

carácter de su historia y de su pueblo: tiene un brillo oriental. La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellanos; las ideas sublimadas del honor y la cortesía, todo contrasta bellamente con los amores sensuales, la indulgencia consigo mismos y las astutas y poco escrupulosas intrigas que tan a menudo forman el tejido de la novela italiana».

En España su obra ha despertado siempre un gran interés por ser un pionero del hispanismo, y su libro *Cuentos de la Alhambra* se vende en numerosas ediciones dirigidas a todas las edades. En fin, sería inútil buscar un criterio universal para juzgar sus escritos y deberíamos aceptar que la tradición cultural desde la que se contempla una obra literaria es decisiva para su valoración.

Washington Irving nació en Nueva York en 1783 en el seno de una familia de comerciantes y era el menor de once hermanos. Su padre, un inflexible presbiteriano, le dio una agobiante educación religiosa que incluía la prohibición de acudir al teatro, aunque él se escapaba para verlo. Comenzó a estudiar leyes, materia que le aburría profundamente y de la que se evadía leyendo literatura. Su trayectoria literaria la empezó a los 19 años publicando textos diversos en la prensa, pero contrajo la tuberculosis y, con la esperanza de mejorar su estado de salud, sus padres lo enviaron a Inglaterra, país desde el que hizo algunas incursiones a una Europa dominada por Napoleón. Los dos años que duró su *Grand Tour* los aprovechó para tomar notas sobre todo lo que le pasaba y veía, puliendo poco a poco su estilo literario.

De vuelta a los Estados Unidos, en 1806 consigue el título de abogado no tanto por sus méritos como por influencias familiares y se dedica al oficio sin interés. Paralelamente desarrolla una heterogénea actividad literaria que culminará en 1809 con *Historia de Nueva York (A History of New York from the Beginning of the World to the End of the Dutch Dynasty, by Diedrich Knickerbocker)*, obra que le hace famoso como escritor y en la que relata con ironía el pasado holandés de la ciudad. En este libro, caricatura de una guía de la ciudad publicada años antes, encontramos ya una fusión de realidad y fantasía que anuncia *Cuentos de la Alhambra*.

En 1815 hace un nuevo viaje a Europa con la intención de conocer el continente, tomar dibujos y notas, y escribir a partir de ellas. Cuando dos años después la empresa familiar entra en bancarrota, Irving se niega a dedicarse a ella porque ha apostado decididamente por la literatura. Su maduración como escritor podrá apreciarse en el *Libro de los bocetos* (*The Sketch Book of Geoffrey Caryon, Gent.*, 1819-1820), que le da celebridad universal como primer escritor de los Estados Unidos y es, a día de hoy, el libro que más estudios literarios ha merecido. De las 26 piezas que componen el volumen 22 están ambientadas en Inglaterra, destacando los relatos «Rip van Winkle», donde es capaz de elaborar por primera vez un arquetipo del americano simpático a la par que inmaduro y egocéntrico, o la popular «Leyenda de Sleepy Hollow».

Dos años después da a la luz *Bracebridge Hall*, en el que incluye un cuento ambientado en Granada, «El estudiante de Salamanca», una ágil historia de amor romántico plagada de lugares comunes. Como todavía no conoce la ciudad, su visión de ella está basada en las impresiones orientalistas que le dejó en su juventud la lectura de las *Guerras civiles de Granada* (1595 y 1616) de Ginés Pérez de Hita.

Irving era un hombre de agraciada presencia, pelo negro y ojos castaños (o grises según la fuente), al que en sus viajes se le vio flirteando con mujeres de diversa condición social. Pensó en sentar cabeza casándose con la joven Matilda Hoffman, pero ésta murió de tuberculosis en 1809 llevando a Irving a la postración: «Su imagen estaba conmigo continuamente y no cesé nunca de soñar con ella». Sin embargo, en 1823 cortejó en Dresde a una joven llamada Emily Foster, que lo encontró demasiado viejo y lo dejó con una amarga decepción. En realidad tuvo muchos amores a lo largo de su vida y fue un cosmopolita reticente a encadenarse a una persona o ciudad. Su carácter era el de un hombre más inclinado a la conciliación que a la disputa, de principios moderados en política e indiferente a la rigorista religiosidad que había tratado de inculcarle su padre. Su carácter era franco y se esforzaba por agrandar con una conducta amable y cortés. La intensa vida social que le proporcionaron su ingenio y refinada cultura, le absorbió demasiado tiempo en algunas épocas, pero en otras se mostró como un disciplinado escritor.

## Hispanista

En 1824, tras varios años vagando por Europa, las circunstancias económicas y las presiones de su editor obligaron a Washington Irving a escribir un nuevo libro. El resultado fue una heterogénea recopilación de cuentos y bocetos llamada *Cuentos de un viajero* (*Tales of a Traveller*) que resultaría un sonado fracaso. El norteamericano quedó en una difícil situación económica y muy afectado en su autoestima como literato. Llegó a pensar que ya había pasado para él lo novelesco y decidió probar suerte con la biografía, un género que de manera breve ya había tocado en el pasado. Acarició la idea de escribir unas vidas sobre dos escritores a los que admiraba, Byron y Cervantes. Al interés por el autor de *El Quijote* se unía su deseo de leer a Calderón de la Barca y a Lope de Vega en español, lo cual le animó a estudiar una lengua que de paso le sería útil cuando cumpliera su deseo de visitar España.

La oportunidad de hacerlo le llegó cuando en 1826 le ofrecieron un puesto de agregado en la embajada norteamericana en Madrid con la misión de traducir una colección de documentos sobre Cristóbal Colón que el historiador y marino Martín Fernández Navarrete había empezado a publicar. Colón era un personaje muy admirado en Estados Unidos y la embajada de ese país en España consideraba de interés nacional que se conocieran nuevos detalles sobre el descubridor.

Cuando sólo llevaba dos meses de trabajo en Madrid, llegó a la conclusión de que el texto de Navarrete era aburrido y decidió escribir una vida de Colón que fuera accesible al gran público: «La obra que yo pensaba traducir es una maraña de documentos demasiado áridos [...] que en su estado actual no despertaría jamás el interés de la mayoría de lectores hoy en día». Por ello concibe la biografía sobre el descubridor como un libro de viajes, género muy de moda en aquel tiempo, y que Irving dominaba a la perfección. Durante meses está absorbido por la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*: «ha sido el año de más aplicación y trabajo de pluma que he pasado

en mi vida». La redacción de esta obra la alterna con otros proyectos que le van surgiendo en mente (Don Rodrigo, Don Pelayo, Abd el-Rahman, Mahoma...). En un momento dado declararía: «Jamás tuve idea del lío en que me metía cuando empecé este libro».

Para documentarse consultó algunas de las principales bibliotecas madrileñas y el propio Navarrete le proporciona nuevos documentos, pero hay que descartar que la visita que planifica al sevillano Archivo General de Indias y a los lugares en los que estuvo Colón tuviera como objeto profundizar en su investigación, pues cuando emprende el viaje a Andalucía su manuscrito ya lo ha entregado a la imprenta. Con esta biografía novelada, en la que las lagunas documentales las completa con su imaginación, Irving cosecharía un notable éxito no sólo en Estados Unidos, sino en Europa.

Cuando en la redacción del libro llegó al punto en el que Colón se reúne con los Reyes Católicos frente a la asediada Granada, Irving se sintió atraído por la caída del reino nazarí y pensó en introducir unos capítulos relatándola. Pronto se dio cuenta de que era un tema demasiado amplio y que sería mejor dedicarle una obra completa. Hizo un esbozo en Madrid y trabajó intensamente en él durante su estancia en Sevilla, hasta el punto de tenerlo prácticamente acabado cuando hace su segundo viaje a Granada. *Crónica de la conquista de Granada* (1829) resulta un texto desconcertante y de hecho ha dado lugar a críticas enfrentadas. El propio autor declara que ha llevado a cabo «una especie de experimento», un libro «extraído de antiguas crónicas; embellecido, hasta donde me ha sido posible, por la imaginación, y adaptado a los gustos románticos del día; algo que era [...] mitad historia y mitad novela». Este libro fue un éxito que despertó la imaginación romántica de muchos norteamericanos y europeos, y dio un nuevo empujón a la moda de la maurofilia. Incluso un anciano Walter Scott, al conocer los escritos de Irving, se lamentó de no haber descubierto antes las posibilidades literarias de las luchas entre musulmanes y cristianos en suelo ibero.

A la par que trabajaba en sus libros sobre Colón y la conquista de Granada, Irving empezó a redactar una serie de episodios de la historia de al-Ándalus que abarcaban desde la invasión musulmana hasta la conquista de Sevilla por Fernando el Santo. Pero aquí la imaginación se desborda hacia el terreno de lo fantástico y al final el libro se tituló con buen criterio *Leyendas de la conquista de España*. El libro no lo terminaría Irving hasta 1835 y el resultado no es de los más logrados, pues está lejos de ser historia por la continua irrupción de lo maravilloso, y tampoco alcanza la amenidad de una recopilación de cuentos.

Aunque Irving no vuelva a escribir ninguna otra obra histórica sobre España, es preciso señalar que la biografía *Mahoma y sus sucesores* la empezó a redactar en su primera estancia en Madrid como una introducción a sus libros sobre al-Ándalus. Abandonó el proyecto, pero su segunda estancia en España le animó a retomarlo y finalmente lo dio a la imprenta en 1849 sin otra aspiración que «resumir en un relato fácil, claro y fluido los hechos conocidos sobre Mahoma, junto con las leyendas y tradiciones que se han introducido en todo el conjunto de la literatura oriental». Con este libro, aunque Irving manifestara en ocasiones su admiración por el Mahoma militar y político, contribuyó en fechas tempranas a sentar la visión maniquea del árabe y el musulmán que hay desde antiguo en la sociedad norteamericana, pues con una deficiente apoyatura bibliográfica, ya de por sí sesgada, trazó un perfil del profeta del Islam decididamente maniqueo y hostil.

## Sus estancias en Granada

El interés de Irving por visitar Granada venía de antiguo y estaba rodeado de amplias expectativas e imágenes preconcebidas que iban a condicionar su exploración. El primer viaje a Granada se enmarca dentro de su descubrimiento de Andalucía. Salió de Madrid, entró por Despeñaperros y, tras pasar por Córdoba, llegó

a la ciudad de la Alhambra el 8 de marzo de 1828. Estuvo alojado en la fonda del Comercio hasta el 18 del mismo mes para dirigirse luego a Málaga, el antiguo puerto del reino nazarí por cuyas murallas ruinosas paseó evocando la dramática conquista de la ciudad. Desde allí partió a Ronda y llegó finalmente a Sevilla, donde se estableció por más de un año. Sus diez días de estancia en Granada fueron tiempo suficiente para recorrer su solar de arriba abajo varias veces, conversar con gentes y reunir numerosas páginas de notas.

Durante los muchos meses que Irving pasó en Sevilla y sus proximidades sabemos que tuvo en mente a Granada, pues trabajó en la *Crónica de la conquista de Granada* y empezó a escribir los *Cuentos de la Alhambra* animado por un intercambio de opiniones con Nicolás Böhl de Faber, entusiasta del folklore, y su hija Cecilia, conocida como Fernán Caballero. Resulta llamativo que teniendo tanto interés por el pasado de Granada, residiera en Sevilla. Eran las muchas amistades que allí tenía lo que hacía más comfortable esta ciudad, por ende más grande, mejor comunicada y con numerosos encantos para un viajero romántico. Pasado poco más de un año en Sevilla inició un segundo viaje hacia Granada que incluyó paradas en muchas localidades de las abruptas serranías penibéticas, escenario de la encarnizada resistencia nazarí contra la invasión castellana que había plasmado en su casi concluida *Crónica de la conquista de Granada*.

El 5 de mayo de 1829 llegó a la antigua capital nazarí con la idea de permanecer más tiempo que en la anterior ocasión: «Si me siento inspirado, de lo que tengo alguna esperanza, permaneceré de un mes a seis semanas». Tras una visita al gobernador de la ciudadela tuvo la fortuna de ver realizado el sueño de instalarse en la Alhambra. Lo agradable que resultaba allí su estancia pronto le llevó a cambiar de planes: «Estoy resuelto a demorar mi estancia en este lugar hasta que consiga acabar varios escritos relacionados con este mismo palacio, en los que pretendo reflejar el encanto íntimo que me rodea». Pero el nombramiento para un cargo diplomático obligó a Irving a precipitar su salida de la ciudad: «Partiré de la Alhambra dentro de pocos días y he de hacerlo con gran pesar. Nunca en

mi vida he pasado días semejantes ni espero volver a pasarlos. El tiempo es ahora insoportablemente caluroso y el calor penetra en las salas principales; pero tengo un delicioso retiro en las salas de los baños que por ser casi subterráneas son frescas como grutas».

Su marcha precipitada de la ciudad a finales de julio hará que sus *Cuentos* termine de redactarlos en Inglaterra, donde los publicará con el título *The Alhambra* en 1832. Si hubiera permanecido más tiempo en la Alhambra las impresiones, documentos y leyendas que podría haber reunido habrían sido muchas más y esto se habría reflejado en sus escritos. Pero podemos pensar también que terminar su libro lejos de la ciudad que lo inspiraba contribuyó a darle ese mágico carácter de evocación que tiene, y que de haber residido más tiempo en Granada Irving podría haberse sentido obligado a ser más explicativo y caer en la pesadez del que quiere contar demasiadas cosas.

Queda por último plantearse por qué Washington Irving no volvió a Granada durante los años que estuvo de embajador en Madrid (1842-1846). A primera vista sorprende que en una estancia en España más larga que la anterior no encuentre el momento para visitar una ciudad de la que hablara con tanto encomio. La explicación reside en que Irving ya no era el entusiasta viajero del pasado, su interés por conocer mundo había decrecido y los años precedentes los había pasado retirado en *Sunnyside*, su casa rural junto al río Hudson, entregado con placer a una vida tranquila y rutinaria. Con sus sesenta años y una salud que nunca había sido muy fuerte, minada ahora por distintos males, el antes intrépido viajero declara: «Soy un espectador demasiado viejo en el teatro de la vida para que aún me impresionen las novedades, el lujo o los trucos del drama».

A Madrid no le lleva, pues, su interés por descubrir el romántico suelo ibero, ni la fascinación por profundizar en la historia de España; su motivación es simple y llanamente la de ganarse la vida. Su pequeña fortuna personal la ha invertido mal en tierras y ferrocarriles, y se encuentra en apuros económicos; mueve sus influencias para que le den un puesto diplomático y consigue que lo nombren embajador



en Madrid, cuya plaza ha quedado vacante. En la capital española debe desarrollar una activa labor diplomática cuando su deseo sería continuar su tranquila existencia en *Sunnyside*; está embarcado desde hace tiempo en varios proyectos literarios que ahora debe abandonar con disgusto para elaborar informes diplomáticos y no necesita que España le inspire más obras, sino acabar las que tiene iniciadas. En suma, sus obligaciones no le dan mucha libertad para viajar, su salud no es buena y su mente está absorbida por proyectos tales como una monumental *Vida de Washington*, que terminará publicando en cinco volúmenes. El único viaje que desea hacer es el de vuelta a su patria con sus cuentas arregladas.

En 1846 regresó a los Estados Unidos y se estableció en su villa de *Sunnyside*, donde continuó escribiendo sobre temas de su tierra natal. Murió el 28 de noviembre de 1859, dos años antes de que estallara la guerra civil norteamericana, dejando algunas obras inéditas, sus diarios y una abundante correspondencia que permite seguir con precisión sus andanzas y la gestación de sus escritos.

## El libro

Irving fue un decidido estilista que trabajó con ahínco para desarrollar un estilo depurado, de clara estirpe neoclásica, cuya elegancia no tendría nada que envidiar de los mejores prosistas ingleses de su tiempo. En su obra siempre dio más importancia a la forma que al contenido. Los críticos literarios suelen emplear calificativos para referirse a su obra tales como dignidad de las formas, perfección estilística, gracia, armonía... todas las cuales son adecuadas cuando nos referimos a *Cuentos de la Alhambra*.

En la mayor parte de su obra, y en particular en este libro, encontramos un sutil humor, carente de maldad, a veces ingenuo, que hace que sus escritos nos parezcan siempre gratos y faltos de trascendencia. Algunos críticos le reprochan falta de imaginación para crear argumentos y personajes, de ahí que su literatura transite

por los caminos de la historia, la literatura de viajes y la recopilación de leyendas populares. Sin embargo, la novela histórica y los relatos de viajes eran dos géneros de moda en su tiempo, de manera que el reproche a Irving de falta de capacidad creativa tiene algo de anacrónico. Por otra parte, Irving decía: «Hay impresos por todas partes de modo desordenado, una cantidad enorme de relatos o hechos fantásticos y legendarios» que no necesitan más que un buen pulimento. *Cuentos de la Alhambra* es una afortunada composición literaria a partir de las tres fuentes señaladas, mostrando en su libertad formal para fundir elementos tan diversos un claro carácter romántico. En *Cuentos de un viajero* (1824), obra también de carácter misceláneo, Irving diría: «Para otros cuentos contenidos en esta obra y en general para todos los míos, puedo hacer una observación: soy un inveterado viajero, he leído algo, visto y oído más y soñado mucho más. Mi cabeza está, pues, henchida de toda especie de cosas raras y sabidas. Al viajar, estos heterogéneos materiales se revuelven en mi imaginación como los artículos de una revuelta valija, de tal modo que, cuando trato de extraer un hecho, no puedo determinar si lo he leído, me lo han contado o lo he soñado, y siempre fallo en saber qué es lo que he de creer de mis propias historias». Cuando le preguntaban por qué no probaba suerte con la novela respondía que una novela podía escribirla cualquiera porque «el mero interés del relato [...] arrastra al lector a lo largo de páginas y más páginas de estilo desaliñado, y el autor puede incluso ser de lo más aburrido en la mitad del volumen con tal de que sepa guardar para el final unas cuantas escenas emocionantes».

Además de la libertad formal, sus rasgos románticos están presentes en la nostalgia del pasado, la fascinación por el Oriente musulmán, las descripciones pintorescas de lugares y tipos populares o los apasionados amores de algunas de sus leyendas. La importancia del pasado en su obra la señalaría él mismo al indicar que Estados Unidos tenía magníficos paisajes, pero le faltaba historia: «Europa poseía los infinitos tesoros acumulados por los siglos. Sus mismas ruinas referían la historia de los tiempos que fueron y cada una de sus enmohecidas

piedras era un trozo de historia. Yo me parecía por recorrer los lugares que habían servido de escenario a renombrados hechos —pisando, por decirlo así, sobre las huellas de lo antiguo— para recorrer los ruinosos castillos, para meditar encaramado en la desmoronada torre; en una palabra, para evadirme de las vulgares realidades del presente y perderme en las nebulosas grandezas del pasado».

En una carta fechada el 15 de marzo de 1828 explica que la inspiración de *Cuentos de la Alhambra* le llegó cuando buscaba la puerta por la que Boabdil salió de la ciudadela. Un habitante del lugar le ayudó a encontrarla: «Después de haber satisfecho mi curiosidad sobre la puerta referida, mi pobre acompañante me reveló otros secretos y supersticiones que circulaban entre las pobres gentes que habitaban en la Alhambra. Me han llamado la atención estas anécdotas y él me ha prometido suministrarme otras nuevas. Generalmente se refieren al tiempo de los moros y a los tesoros enterrados por ellos en la Alhambra, así como historias de apariciones en las torres donde se supone escondido el oro enterrado antes de abandonar la fortaleza».

Otras leyendas las tomó de los *Paseos por Granada y sus contornos* (1764-1767) de Juan Velázquez de Echeverría, obra que cita en su diario y de la que procede, por ejemplo, la «Leyenda del soldado encantado». También se inspiró en relatos de la literatura que leyó para sus trabajos históricos, como *Historia y rebelión de los moriscos de Granada* (1600), de Luis del Mármol Carvajal, de la que toma «La Casa del Gallo de Viento», e incluso de tradiciones iraníes, caso de la «Leyenda del astrólogo árabe». Por otra parte, un modelo, una referencia literaria que en todo momento nos viene a la mente es esa obra que fue lectura de cabecera de tantos románticos de su tiempo, *Las mil y una noches*, libro con la cual tiene tantos paralelismos.

Existen tres versiones de *Cuentos de la Alhambra*, la primera de 1832, publicada simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña. La segunda es una revisión de 1850 con un prefacio escrito al año siguiente. En esta versión hay una reordenación de los capítulos y se añaden nuevos textos («La cruzada del gran maestre de Alcántara», «Leyenda del soldado encantado» y «El

autor se despide de Granada»). La tercera versión, datada en 1863 es póstuma y cuenta con nuevas historias de ficción («Spanish Romance» o «Legend of don Munio Sancho de Hinojosa») y el artículo «Poets and Poetry of Moslem Andalus».

El éxito de la obra fue inmediato y se tradujo en el mismo año de su aparición al francés y el alemán; poco después al danés y holandés (1833) y luego al sueco (1834). En España hay ediciones incompletas y en ocasiones traducidas del francés desde 1833. La primera edición íntegra traducida al español se publicó en Granada en 1888 y la hizo José Ventura Traveset, doctor en Filosofía y Letras, el cual tomó como referencia la versión de 1832, o sea, aquélla que leyeron los muchos viajeros románticos que se acercaron a la Alhambra siguiendo los pasos de Irving. Esta versión es la que aquí se ofrece al lector.

Aunque el libro funciona muy bien como conjunto, es indudable que el lector moderno puede encontrar su lectura de desigual interés dada su diversidad. Sus impresiones de viajero romántico constituyen una apreciada fuente para los historiadores, pues la Andalucía o la Alhambra que con hábil pluma describe ofrecen sensibles contrastes con las actuales. Los cuentos, que con frecuencia se publican aislados, presentan también diferencias de importancia entre sí, unos relatan fabulosos tesoros escondidos, varios episodios humorísticos, otros apasionadas historias de amor. Pero todo el libro, desde sus propias vivencias en los salones de la Alhambra a las leyendas fantásticas, aparece bañado por una onírica luz romántica que ninguno de los muchos viajeros o literatos locales que lo imitaron consiguieron captar con tanta delicadeza.

## El escenario y los personajes

Pese a algunas obras de reparación en los palacios acometidas por orden del rey José Bonaparte, la Alhambra había sufrido durante la Guerra de la Independencia malos usos, derribos y la detonación de minas en las murallas. A estas calamidades se sumarían varios lustros de desidia en la administración de la ciudadela que llevaron su

deterioro a un punto que a muchos viajeros les pareció irreversible. El Real Patrimonio puso fin al desgobierno cuando en abril de 1827 nombró como gobernador al coronel Francisco de Sales Serna, para el que Irving tuvo cálidas palabras: «he conocido al gobernador de la Alhambra (don Francisco de la Serna), un hombre joven, el único durante muchos años que se ha tomado mucho interés en su cargo y que está haciendo todo lo que puede para reparar la Alhambra y para frenar el rápido deterioro en que está cayendo».

Los problemas a los que se hubo de enfrentar el gobernador al llegar a la Alhambra fueron muy grandes desde un primer momento. Para empezar tuvo que proceder a reemplazar a varios empleados, lo que generó un profundo rencor entre los defenestrados. A pesar de los obstáculos, Francisco de Sales logró poner orden en la administración de la ciudadela y dar comienzo a labores de aseo y consolidación del palacio y los paseos de acceso, tareas que Irving conoció sólo en sus primeras fases.

En un cuartel ubicado en la Alcazaba de la Alhambra estaba alojada una compañía de inválidos hábiles cuya principal misión era custodiar a los presos que había en la Torre del Homenaje. La mayoría de los reos eran militares que habían cometido los más diversos delitos y ocasionalmente presos políticos encerrados por su oposición a Fernando VII. En octubre de 1829, poco después de que Washington Irving se marchara de la Alhambra, quedó disuelta la compañía de inválidos hábiles y para reemplazarla se destinó una compañía de veteranos, lo cual estaba lejos de implicar una valoración más alta de la ciudadela. Los veteranos cobraban un salario tan mísero que, al igual que los soldados inválidos, se veían obligados a mendigar a los visitantes. Con su patético aspecto estos destacamentos militares pasaron a la historia de la literatura como el más expresivo contraste entre un presente de soldados que dormitan en sus puestos de guardia envueltos en sus andrajosas capas y el esplendor de la guardia nazarí, que se imagina con relucientes corazas y coloristas ropajes.

En cuanto a la población civil, a pesar de las viviendas destruidas por los invasores franceses y los obstáculos burocráticos que suponía instalarse en un lugar de interés militar, la población de

la ciudadela se recuperó y cuando Irving visitó la Alhambra pudo decir que era una ciudad en miniatura. Según los padrones de la época, la Alhambra tenía unos trescientos ochenta habitantes, de los cuales una octava parte eran militares, algunos establecidos con su familia. El resto de la población se componía de artesanos del sector textil, algunas viudas y veinticinco frailes franciscanos. La relación entre los habitantes del endogámico recinto era bastante peor que la mostrada en los amables cuentos de Irving, pues en la documentación podemos rastrear odios y venganzas por la demarcación de fincas, falsas denuncias de inmoralidad o contrabando, etc.

El personaje más destacado de los cuentos de la Alhambra es Mateo Jiménez. Irving se refiere a él exactamente en los mismos términos en el libro y en sus cartas, pero en la documentación de archivo descubrimos que su nombre no es exactamente Mateo, sino Matías. Las leyendas que Matías Jiménez cuenta a Irving y que serán básicas en la gestación del libro se las había narrado su abuelo, un sastre que presumía de haber pasado toda su vida en la ciudadela. Su hijo Nicolás Jiménez, padre de Matías, también nació en la Alhambra y se dedicó al arte de la seda. Casó con una granadina llamada Francisca con la que tuvo numerosos hijos y con ellos se marchó a Granada en 1810, cuando las tropas de José Bonaparte ordenaron evacuar la Alhambra. Tras la retirada de los franceses de la ciudad, los Jiménez retornaron a su casa antes de que pudieran hacerlo los frailes del vecino convento de San Francisco. Cerca del cenobio las tropas napoleónicas habían creado una explanada para sus maniobras militares, de manera que las lindes de las fincas se habían borrado. Esta confusión fue aprovechada por Nicolás Jiménez para apropiarse de un trozo de la huerta conventual. Esto dio lugar a un pleito que perdió Nicolás y que le obligó a pagar las costas del proceso y la restitución de la tapia, algo difícil para un hombre que se lamentaba de haber sido arrojado a la miseria por la guerra.

Sumida en la pobreza, la familia sobreviviría a duras penas durante los siguientes lustros. No es de extrañar que años después encontremos a los Jiménez imputados en un sórdido asunto. Ellos,

al igual que todos los miembros del arte de la seda de la Alhambra, pertenecían a la hermandad del Jesús de la Humildad y Paciencia, con sede en la iglesia de Santa María. El funcionamiento de la hermandad presentó preocupantes irregularidades que obligaron a principios de 1827 a celebrar una tensa reunión para poner orden en las cuentas. Al parecer, la familia de los Jiménez se apropió de dinero destinado al enterramiento de los hermanos fallecidos, que era la principal labor de la hermandad. Para ello Matías Jiménez, posiblemente el único de la familia que sabía leer y escribir, llegó a falsificar la firma del párroco y a elaborar recibos falsos. Fueron condenados a pagar de su bolsillo las costas de ulteriores enterramientos.

Matías Jiménez había nacido en la Alhambra en 1792 y era muy joven cuando se casó con la granadina María de Frías, con la que se instaló cerca de la iglesia parroquial de la Alhambra. Al igual que su abuelo y su padre era sedero, y fue un prolífico progenitor, pues a lo largo de su vida tuvo una decena de hijos, algunos de los cuales fallecieron siendo niños. Matías tenía treinta y seis años cuando conoció a Irving. En una carta fechada en su primera visita a la ciudad, el escritor declara que el «pobre diablo» le dio «muchos y muy curiosos particulares de las supersticiones que circulan entre la pobre gente que vive en la Alhambra con respecto a las viejas torres que se están desmoronando». Por motivos literarios en *Cuentos de la Alhambra* sitúa el encuentro en su segundo viaje y describe a Matías como «un alto y delgado individuo, con una raída capa parda que, sin duda, tenía por objeto ocultar el lamentable estado de sus ropas interiores». Como puede suponerse, en principio no le convenció el aspecto de quien se presentó como un «hijo de la Alhambra» y cristiano viejo «sin mancha de moros o judíos», pero Matías fue insistente y «se nombró e instaló como criado, *cicerone*, guía, guardián y cronista historiador mío». Pero el éxito de Matías no se explica sólo por su insistencia, sino también por su carácter sencillo, buen humor y locuacidad para contar historias sobre cualquier rincón de la Alhambra. Según Irving, Matías creía a pie juntillas todas las leyendas que le contaba, de ahí que lo llame con cariñosa ironía «harapiento

historiador», «harapiento filósofo» y «cronista-escudero». Como reconoce en una carta, no sólo le proporcionó numerosas leyendas, sino que «me ha llevado a varios lugares encantadores que yo no hubiera sido capaz de descubrir de otra manera».

Irving pagó con generosidad los servicios de Matías, a quien entre otras cosas dio nuevas prendas de vestir. Pero el mejor favor que le hizo fue convertirlo en destacado personaje de *Cuentos de la Alhambra*, pues los numerosos viajeros que leyeron el libro a partir de 1832 reclamaron los servicios del «bien informado cicerone». Irving supo que la fortuna del «sagaz y sabelotodo» Matías había cambiado. Pese a su humildísimo origen, sabía leer y leyó los libros de Irving, convirtiéndose en el «guía oficial» de la Alhambra.

Buena parte de los viajeros que llegaron después de la publicación de *Cuentos de la Alhambra* en 1832 habían leído el libro y no podían dejar de anotar sus impresiones sobre los personajes reales en él citados. Rochfort Scott visitó en 1830 la Alhambra y ocho años después publicó un libro en el que decía que se le ofreció de guía Matías Jiménez, «un nombre hecho clásico por la pluma de Washington Irving», el cual se comportaba como una «especie de Director General de viajeros ingleses en Granada» que se entregaba a «disertaciones elocuentes y eruditas disquisiciones». Según Rochfor Scott, el granadino se atribuía buena parte del mérito de *Cuentos de la Alhambra* y acusaba al escritor de haberse inspirado «bastante poco en su propia imaginación», pues lo que narraba era lo que él le había contado y a su vez sabía por los relatos de su abuelo. En aquellos mismos días Richard Ford calificaba a Matías Jiménez de «charlatán necio» y señalaba que el escritor romántico «puede dorar hasta los metales más bajos».

Por su parte, la inglesa Mrs. Romer dirá en 1842 que fue «Washington Irving el que había contribuido en mayor medida a que este monumento fuera familiar a todos los lectores ingleses y es por esto, por lo que todos ellos nada más llegar a Granada, se han asegurado el servicio de Mateo *Ximenez*, “hijo de la Alhambra” que, gracias a la pluma de su distinguido patrón, ha conocido la fama, no sólo como el



mejor *cicerone*, sino como la persona más versada en todo lo referente a antiguas leyendas de “salas y torres”. Nos apresuramos a buscarle pero fue inútil, ya que un coronel inglés se nos había adelantado». El viajero inglés William George Clark tuvo también la ocasión de conocer al «pequeño héroe de novela», del cual contó esta expresiva anécdota: «El viejo zorro me llevó a su propia guarida, donde tenía para la venta (*bajo cuerda*) muchos trozos de decoración de estuco y otros restos robados de la Alhambra». Matías Jiménez, que había quedado viudo a los cuarenta y cuatro años, debió fallecer al mediar el siglo, momento en el que su nombre desaparece de los archivos.

A pesar de lo mucho que el gobernador Francisco de Sales Serna hizo por poner orden en la administración de la Alhambra e iniciar su restauración, algunos viajeros ensalzarían como la mejor valedora del palacio a una «humilde campesina» llamada Francisca Molina, que no figura entre los empleados con nómina de la Alhambra, pero que vivía con su familia en la Casa Real (el palacio nazari) y estaba encargada de limpiarla y enseñarla. Richard Ford la califica de «rabiosa y avinagrada», pero señala que fue la que puso orden en la Casa Real tras la retirada de los franceses e hizo todo lo posible por mantenerla aseada. Washington Irving la retrató cariñosamente en su libro con el nombre modificado de Antonia Molina o Tía Antonia.

Francisca Molina, nacida en Granada, contaba cincuenta y siete años y era soltera cuando Irving la conoció. Tenía en propiedad «unas casuchas dentro de la fortaleza, en estado ruinoso», pero que producían una renta estimable a los ojos de los pobres habitantes de la ciudadela. En el censo de 1824 se nos dice que la tía Antonia tiene dos sobrinas oriundas de Iznalloz, María Dolores Sanchez, de veintiséis años, e Isidora Sanchez, de veinte; las dos son solteras, la primera residía en la Alhambra desde hacía veinticinco años, mientras que la segunda llevaba sólo dos. Irving conoció únicamente a la primera, a la que llama simplemente Dolores y describe como «una excelente criaturilla de una clara inteligencia natural unida a una gran ingenuidad». Los diminutivos que utiliza para una mujer que tenía ya treinta y un años se deberían a su escasa estatura y a su sencillez.

carácter. Por lo demás, la ve como una mujer simpática, regordeta y de ojos negros y brillantes a la que su tía había encargado la misión de cuidar al escritor. Sin embargo, el cáustico inglés Richard Ford la retrata como «fea y mercenaria».

Con la tía Antonia vive también otro sobrino llamado Manuel Molina, que Irving describe como «joven de verdadero mérito y de gravedad española», que había sido militar en España y en América. Manuel Molina está enamorado de su prima Dolores y estudia medicina, título que logra poco antes de la partida de Irving. Manuel Molina aspira a ser el médico titular de la ciudadela, puesto que está vacante desde hace años y que viene a cubrir precariamente el anciano cirujano José de la Plata y Chacón. Sin embargo, éste no murió hasta 1833, con la para entonces sorprendente edad de ochenta y tres años y sin haberse jubilado. Es evidente que para esas fechas Manuel Molina ha buscado colocación en otro lugar, pues no presenta su candidatura a médico. Resulta dudoso que Manuel se casara con su prima, porque ésta sigue viviendo en 1832 con su tía.

Francisca Molina solía recibir en sus habitaciones a otros habitantes de la Alhambra, todos pobres, con los que jugaba a las cartas y mantenía tertulias que interesaron mucho a Irving. Por los censos sabemos que en la Casa Real vivían en aquellos días veintidós personas, la mayoría soldados inválidos y artesanos. Allí conoció a un soldado, el tío Polo, que a decir de otros habitantes de la ciudadela conocía más leyendas que el propio Matías Jiménez.

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA  
Granada, junio de 2010

*Las citas textuales proceden de los libros publicados por Washington Irving, de sus diarios, de las cartas traducidas por Francisco Morales Souvirón y Antonio Garnica Silva, y de libros de viajeros románticos traducidos por María Antonia López Burgos y Alfonso Gamir.*